

DESDOBLAMIENTO

(Cuento a la memoria de los maestros: Albert Camus, Daniel Ceballos Nieto, Danilo Cruz Vélez, Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre).

Lo que voy a contarles sucedió esta mañana y aunque me he pasado todo el día estrujándome los sesos, no he sido capaz de comprenderlo. En consecuencia, estoy aquí, digitando, con el único objeto de que llegue pronto mi problema a la mente de un lector curioso que analice el caso y me lo explique.

El caso es... Bueno, en el sentido estricto de la palabra, yo sé que Él es yo...y Él es un cadáver viviente...Pero también es el vivo - y no sé si sea yo - que sabe vivir muriendo.

Empezaré: Anoche me acometió un agudo dolor de cabeza. Abandoné entonces lo que estaba escribiendo, encendí un cigarrillo y momentos más tarde, supongo, me quedé dormido.

Esta mañana me desperté como nuevo. Del dolor de cabeza no quedaba ni la sombra si es dable conjeturar que las cefalálgias tengan sombra. Me dirigí al cuarto de baño, tomé la afeitadora y me le encaré al espejo. La impresión me dejó atónito: Estaba demacrado y una barba muy

espesa semicircuía mi rostro. No sobra advertir que me rasuro limpiamente todos los días. Hice una mueca, pero como soy hombre que se para poco en pelos, me encogí de hombros y comencé a rasurarme. Concluía, cuando sonó el timbre de la entrada. Como era muy temprano, salí un poco intrigado a ver quien llamaba. Era don Hernando Sandoval Aguayo, un viejo amigo de mi padre.

Verme y romper a hablar, fue todo uno. Sus palabras le brotaban atropelladas como potros asustados huyendo de un corraleja. No me atreví a interrumpirle, por temor a ser aplastado. En suma, el viejo me contó que acababa de perder su empleo como portero de un hospital mental, debido a que durante las últimas horas habían acaecido allí una serie de sucesos inexplicables. Habló largo rato sin dejar un solo instante de mirarme. Por último me entregó varios pliegos manuscritos y partió despavorido.

No fui capaz de detenerle. Sus palabras me produjeron algo así como un largo escalofrío. He aquí lo que me dijo:

"Que seis meses atrás los gendarmes habían conducido un loco al sanatorio y que, aunque lo vio muy sucio y barbado, me había reconocido en el acto. Primero, por el lunar que tengo en el dorso de mi mano derecha; segundo, por la cicatriz que cruza mi frente y que es un poco más ostentosa que la condecoración que me concedieron por ella. En fin, adujo tantas y tan sensatas

razones, que casi llegó a convencerme que era yo el tal alienado". Continuaré entonces refiriéndome a ese individuo como si fuera yo mismo.

Me condujeron a la sala de sicoterapia y allí causé tantos destrozos que los médicos ordenaron que se me inyectase con un poderoso sedante y me encerraran luego en una celda acolchada, de esas en que solo se recluye a los sujetos que acusan máxima peligrosidad.

Los choques eléctricos que me aplicaban todos los días me fueron paulatinamente calmando. Sin embargo, jamás llegué a pronunciar una sola palabra y cuando me llevaban a la sala de consultas, caminaba cabizbajo y tambaleándome. Una tarde - la única en que demostré relativo contento - cogí del escritorio del médico unas hojas de papel y un lápiz. Éste me permitió hacerlo.

Regresé a la celda. Tendíme en el lecho y me quedé quién sabe por cuánto tiempo con la vista fija en el cielo raso. Por el estrecho ventanuco de la puerta, los enfermeros me vigilaban. Comía muy poco y continuaba guardando silencio. Con el correr de los meses los especialistas se desinteresaron, pues me consideraban un caso irremediabilmente perdido.

Mientras tanto el señor Sandoval luchaba inútilmente por hacer memoria del lugar donde yo le había dicho que trabajaba, la primera y única vez que nos habíamos visto

en las calles de la ciudad; pero desde la fecha de ese encuentro habían pasado ya más de siete años.

Le escribí entonces una carta a mi padre, pero no obtuvo respuesta. Precisamente, para la época señalada por don Hernando, me había escrito mi hermana contándome que, por motivos de salud, habían vendido la casa de la montaña y se habían ido todos a vivir en un pueblito cercano al mar.

El viejo continuó diciendo que así habían transcurrido seis meses pero que ayer, como a las once de la noche, cuando ya todos dormían y el silencio del pabellón solo era roto por algún alarido, o por los pasos del asistente de ronda, éste precisamente había venido a despertarlo, diciéndole que su amigo - o sea yo - se había suicidado.

Don Hernando corrió presuroso hasta la celda y allá vió, descansando sobre el escritorio, mi cuerpo decapitado. El cráneo había saltado en pedazos diseminando por toda la habitación piltrafas de cerebro, huesos y cuero cabelludo. Techo, paredes y suelo, aparecían cubiertos de sangre. Uno de mis ojos había caído sobre el florero que adornaba la mesa y el otro se había estrellado contra la malla protectora de la ventana.

Haciendo un violento esfuerzo don Hernando me tomó las manos. Estaban aún calientes y la del lunar aferraba un lápiz. La perplejidad de los dos hombres era

inmensa. En el recinto no se percibían vestigios de algún explosivo; y tanto el florero como el vidrio del ventanuco de observación, permanecían intactos. Tampoco se observaban huellas de lucha y el cierre de seguridad de la puerta no había sido violentado.

Era casi inadmisibile la hipótesis de un asesinato y mucho menos suponer que, en el momento de sufrir un espantoso ataque de insania, me hubiera lanzado en mi paroxismo contra la ventanilla, las paredes y el cielo raso, y que luego, ya decapitado, hubiese regresado a sentarme frente al escritorio y tomado el lápiz. Además, si hubiera empleado algún elemento detonante, mi cuello - que aparecía limpiamente cortado - mostraría los tatuajes. Más aún, la detonación habría destrozado el mobiliario y la onda explosiva por lo menos habría sacudido a los infortunados enfermos de las celdas contiguas, más éstos ni siquiera se habían despertado.

El enfermero comentó que veinte minutos atrás me había visto escribiendo. El portero tomó mis notas y en compañía del horrorizado asistente, se dirigió a la oficina central para informarle al médico de turno.

Tardaron, si mucho, cinco minutos en regresar con éste. Entraron. Tal fue la impresión de don Hernando al contemplar la pieza limpia y arreglada con todo esmero, que sufrió un desmayo. Mi cadáver había desaparecido. Cuando volvió en sí, el personal directivo del sanatorio

estaba ya reunido con algunos miembros de la policía. Luego de un largo y acucioso interrogatorio, el grupo concluyó que don Hernando y el asistente eran cómplices en mi fuga y que por haber urdido tan burda y singular historia merecían ser despedidos ipso facto.

En cuanto a los apuntes o notas que les enseñó el portero, no eran sino parte de la patraña; no les merecían ningún crédito y por lo tanto se los devolvieron.

Una vez en la calle, en medio del desconcierto y la aflicción, el anciano recordó de súbito el nombre del periódico donde trabajo. Serían las cinco y media de la madrugada cuando llegó al edificio. Le hizo unas cuantas preguntas al vigilante y éste no solo le aseveró que me conocía y que a eso de las nueve de la noche me había visto salir, sino también que, para convencerlo más, le dió la dirección donde resido. Lleno de zozobra partió el buen viejo a buscarme. Me había encontrado vivo y... En fin, tuvo suficiente valor para desembuchar su historia y partir quién sabe a dónde. Comencé a leer los apuntes. Decían: "...Ven pronto. Estaré rígido dentro de mi cuerpo mecánico y sereno al golpe que corre por mi mente. Una vez te hayas ido..."

"¿Escuchas una carcajada? ¡No te asustes! Es el reloj que golpea con sus manecillas mis neuronas. Me inclino a recogerlas y me voy de bruces. ¿Sabes el por qué? Te lo voy a decir pero, por favor, calla. Que si lo llega a saber mi

enemigo, aquel que porta blusa blanca y un libro en el que expide garabatos, sonreirá y empezará a torturarme..."

"¡Oye! He perdido el equilibrio. ¿Cómo? No lo sé, pero sobre mi nuca descansa el universo. Está preso en una esfera como el pensamiento. Pesa mucho; por eso al inclinarme me doy contra el suelo. No me importa; el golpe es lo de menos. Lo que en realidad me duele es el no poder llevarlo resueltamente por estos pasillos que me odian, porque no me afectan como a los demás, con su pegajoso olor a música y a yodoformo."

"Aquí he hallado un extraño poder. Si me concentro puedo hacer estallar mi masa encefálica; después me recuesto y entro en liberación. Siglos...no sé, o quizá nanosegundos más tarde, regresa para integrarse y continuar esclavizándome."

"Si afuera preguntan por mí, diles que soy un director de orquesta. Que al movimiento de mi batuta se eleva el concierto del cosmos. Que los volcanes son buenos bajos y que ciertos asteroides me incomodan cuando desafinan...Te agradezco pero ya retu...uumba...Cee...re...bro...te destro...zo con...mis..cée...lu...laaaas..."

=====
==

=====
==

=====
==

=====
==

"...Agoté mis posibilidades finitas y los problemas se quedaron mirándome con gesto estúpido. ¿Qué más? ¡Estaba harto!. Uno de ellos soltó una carcajada. "--Me has querido evitar, pero aquí estoy tan existente como ese insecto que retoza sobre tu nariz-" A mi también me dió risa. Una risa de piano loco, de estrella desbocada, de sintetizador neurótico. Se me cayó la mandíbula Tengo que tener más cuidado pués he muerto hace ocho días. La solución, la maldita solución me la había dado el cura cuando me dijo: --"Descansa en paz"--. Más he aquí que los problemas no me abandonaban."

"El problema número dos se me acercó hecho una cuba; parecía un carrusel esquizofrénico. Hipó frente a mi con todo descaro; luego exclamó:"--La solución tampoco es esa; llevas ya quince días con el ombligo al aire como un niño de teta; piensa un poco ahora que te estas fosforilando--". El número cinco, el ochenta y siete y el quince mil doce me dijeron lo mismo:"--Piensa imbécil;

puedes tomarte todo el tiempo que quieras, pero piensa--". Lo bueno o lo malo es que ya no puedo distinguir entre espacio y tiempo. Olvidé las dimensiones. ¡Bah! ¡Qué memoria la de un difunto!"

"Volví a olvidarme y se me deshizo el tórax. Con razón, siempre he sido un estulto. La risa no me abandona; es imposible que me abandone. ¡Joder! Estas larvas juguetonas me están haciendo cosquillas en una axila. Se la deben de haber comido."

"El treinta y ocho millones novecientos ochenta y cuatro mil seiscientos doce intentó arrimarse. No aguanté más, y le dí una patada en el trasero."

"Ya no quiero soluciones. Ya no quiero preguntarme por qué soy un muerto que no está muerto. Me hastían los problemas. Estos se alejan a una distancia respetuosa. Reflexiono cuidadosamente. Por lo visto, lo mejor para aislarse de los problemas es propinarles una patada."

"Las larvas se dieron un atracón con mi lóbulo cerebral izquierdo. Las muy vivas se aprovecharon de que yo estaba pensando. Resolví no pensar más. Eso era lo lógico.--"Pero en la tumba no hay nada lógico"--corean los billón y tantos..."

"He mirado a los tataranietos de mis primeros parásitos. Los pobrecitos no son tan robustos como sus

antecesores. El alimento les escasea. Mis huesos se confunden con el polvo, pero yo pienso. Yo existo con mis problemas y estos seguirán burlándose al ver como se transforma mi esencia".

"Han pasado ene años y sinembargo soy diferente de la tierra con la cual me he confundido. Una vez alcancé a escuchar a los de arriba; me trataban como persona. Por eso creo que existo tanto como los billones de problemas que me acosan. Lo humorístico es que los problemas han perdido por completo el respeto por mi cadáver, pero no por mi persona. Es que eso de ser persona...". Parece que lograran determinarme en el espacio del existente que permanece suicidándose eternamente."

"El problema número dos continúa haciendo cabriolas; el cinco se da puñetazos con el trillón cuarenta y nueve y yo sigo existiendo. Esta no es cuestión de requiem, pala y fosa. La cosa es ser, y es seria. Tanto es así que me duelen las ideas. Estoy descabezado."

"Es posible que si me hubiera suicidado eternamente, aun no hubiera agotado mis posibilidades. Pero me fastidiaba tanto afrontar mi destino que abandoné mi necesidad y mi insistencia. Estoy muerto pero no realizado. Siento la necesidad de insistir, pues ya soy ente; pero mi esencia no es nada, porque nada es nada. Sencillamente soy el existente molécula que permanece unido a otro muy semejante a mí, pero que tiene diferente

esencia. Soy partícula y el otro también lo es, más nó nos identificamos. Yo me aferro a otros problemas aunque nuestras responsabilidades sean idénticas."

"Y he dicho molécula porque hace unos equis siglos me confundí con la arena y ahora soy parte del vidrio que adorna la ventana de la buhardilla de un bohemio. ¡Sí! Soy microesencia de vidrio. Me he transformado en el tiempo y estoy contento porque los problemas se han ido alejando a medida que me identifico con el cristal. Solo me acompaña el número dos porque es un maldito beodo y le agrada el vino que deja el aliento sobre mi esencia, cuando el artista se acerca a la ventana. Ahora que soy vidrio vuelvo a ver casi tan claro como cuando era..."

"Me estoy quedando solo. Presiento que seré algo más que vidrio sin problemas. ¡Seguro que sí! El condenado del número dos se ha agarrado por fin de la melena del fulano y desde aquí puedo telever cómo se va tras de las nalgas de la rubia que entra en el templo vecino."

"Pero ¿qué pasa? Ahora soy el más libre de los esclavos. Me he reído del pensamiento, del tiempo, del espacio, del problema de los problemas, del artista y de los gusanos, pero no he podido desligarme de la existencia."

"Estoy serio porque veo muy claro a través de mí mismo. ¿Acaso no soy vidrio y no me dejo de ver en mi transparencia?"

"Reflexiono: Ya no puedo gozar ni lamentarme, pero puedo responder y ser. Mi transparente existencia se contrapone a mi existencia transparente. Soy absoluto. Responsable. Verdad. Veo el problema único y último. El problema es..."

=====

=====

=====

Quedé aterrado pero no había nada que averiguar. El texto era de mi puño y letra. Lo sorprendente era que el "suicida" en su segunda parte lo hubiera escrito confundiendo tiempo con pronombres y números con espacio. Confieso que me fue muy difícil relacionar correctamente las oraciones e hilvanar el contexto de una manera "lógica". De todos modos, conservo el manuscrito por si alguno de ustedes desea examinarlo.

A las dos de la tarde llegué a la oficina. Los compañeros me saludaron con la indiferencia acostumbrada. Al anochecer fui llamado al despacho del jefe. Sentí de nuevo un raro escalofrío. Me esperaban

unos señores. De improviso uno de ellos me dijo: — "Como representante de la Sociedad de Simpáticos Chismosos de la Prensa Libre Unida, SSCPLU, nos sentimos muy honrados al hacerle entrega del trofeo que la asociación le confiere anualmente al redactor que haya llevado sin ninguna interrupción la columna diaria de "Fruslerías"—.

Acto seguido depositó un estuche en mis manos. Lo abrí. Dentro había una réplica de un periódico en oro y plata. Corrí al azar una de sus páginas. Del interior saltó el gauguinesco título: "¿Quién eres? ". Respondí ante el asombro de los presentes: "— Soy un cadáver que se ha desdoblado —".

GABRIEL AZEVEDO Y URIBE - ANGEL